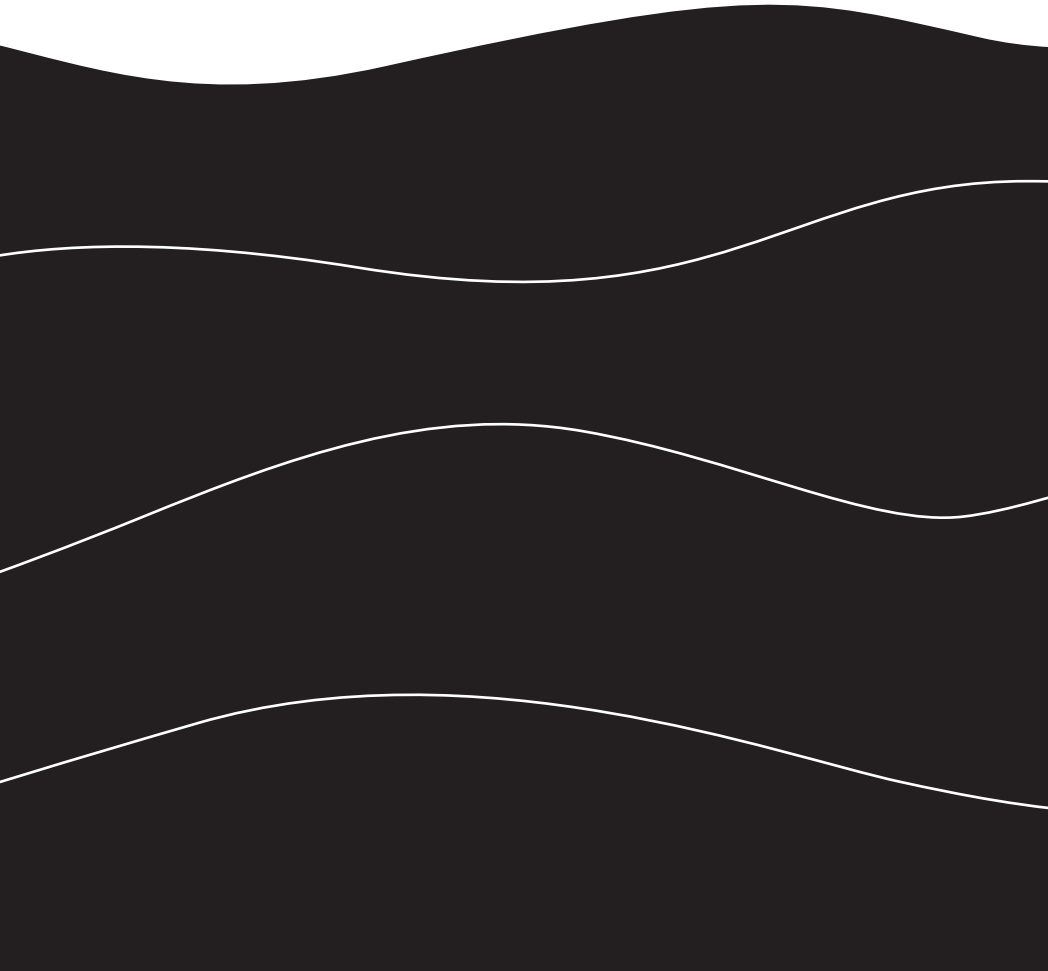


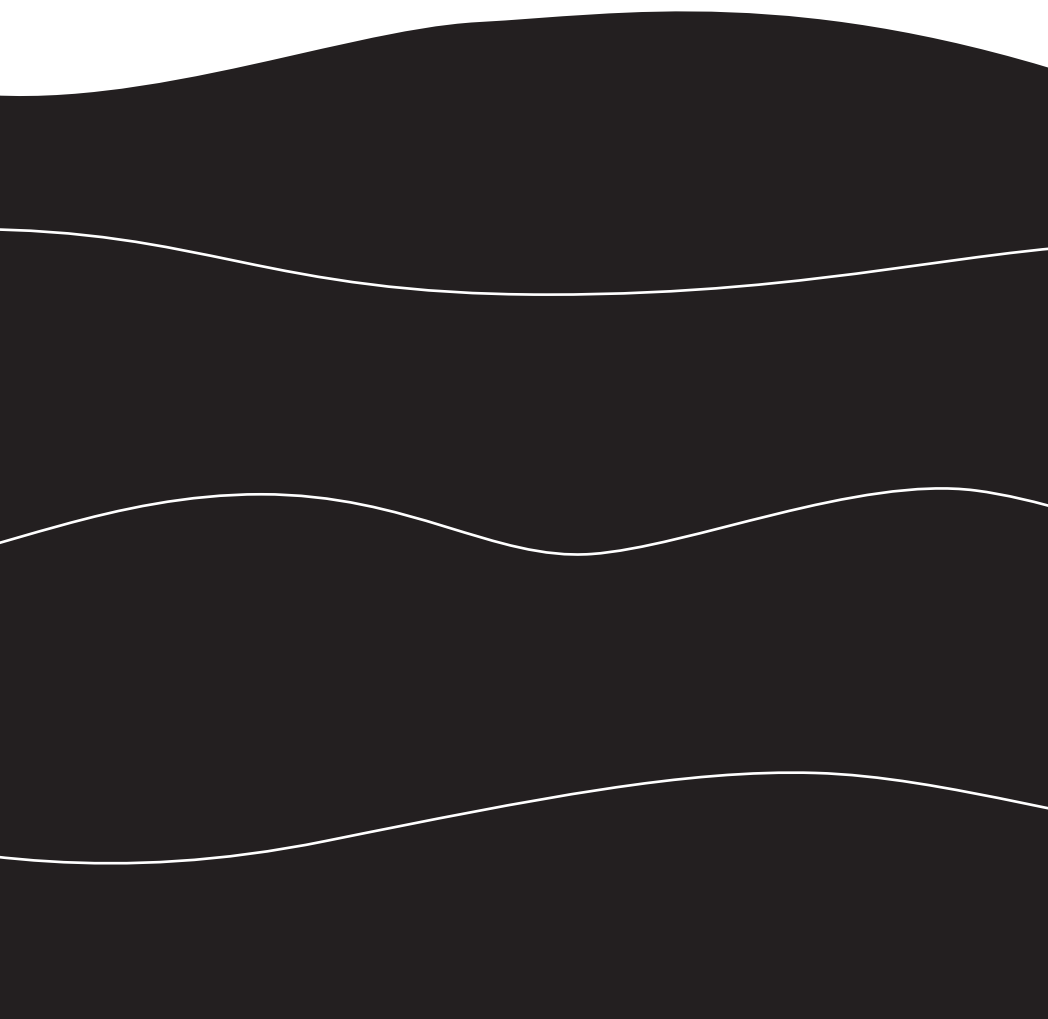
Valéria Piassa Polizzi

**¿POR  
QUÉ  
A  
MÍ?**

loqueleg®



A mis amigos...





## ¡Mucho gusto!



Debería haber comenzado a escribir hace tiempo, pero como no es nada fácil escribir sobre la vida de uno, vivo postergándolo. Incluso hoy me llamaron Priscila y Cristiano, los dos presionándome:

—¿Ya empezaste a escribir el libro?

No. Y ya habría renunciado si no hubiera visto a Sylvia la semana pasada y, por coincidencia o qué sé yo, me hubiera dado la misma idea: escribir. Le dije que ya lo había pensado, pero que me parecía mucha responsabilidad.

—No escribir también lo es —respondió. Y esto me dio vueltas en la cabeza durante toda la semana.

Para comenzar, voy a presentarme. Me llamo Valéria, tengo veintitrés años, estatura mediana, delgada, morena, pelo negro lacio. Nieta de italianos, hija de

padres separados, perteneciente a la clase media alta. Como puedes ver, una persona común y corriente, o por lo menos así es como me gustaría que me vieran. Y estoy segura de que así me verían si no fuera por un pequeño detalle: soy VIH positivo. ¿Sabes lo que eso significa? Eso mismo, tengo el virus del sida. ¿Te has asustado? No me digas que no sentiste ganas de dejar el libro y salir corriendo a desinfectarte las manos, por miedo a contagiarte. Está bien, no tengas pánico, así no se contagia. Incluso puedes leerlo de nuevo: S-I-D-A, ¡SIDA! ¿Lo ves? No te ha pasado nada. Aunque yo estuviera a tu lado, tomaras mi mano, me dieras un beso y un abrazo, y me dijeras “mucho gusto” y yo te contestara “igualmente”, tampoco te causaría ningún daño.

¿Podemos continuar? Entonces sigamos. Ahora debes estar preguntándote cómo pasó esto y apuesto que estás imaginándote que soy promiscua, que tomo drogas y que si fuera hombre sería gay. Lamento informarte que nada que ver y que, aunque fuera así, no vendría al caso. Resulta que yo era virgen, nunca había tomado drogas y que no soy gay. ¿Y qué es lo que pasó entonces? Muy sencillo, tuve relaciones sexuales sin condón.

## Capítulo 1

# Un barco, un naufragio



**E**n la Navidad de 1986 yo tenía quince años y hacía un viaje en barco rumbo a Argentina con mi padre y mi hermana, que es tres años menor que yo. El barco era precioso, lleno de salas, bares, restaurantes, casino, piscina y *shows* todas las noches. El ambiente era estrictamente familiar: muchas abuelas, niños, papás y mamás, todos pasando juntos la Navidad con la mayor tranquilidad. Piscina por la mañana, cena de gala por la noche y, durante la tarde, una vuelta por las atracciones del barco. Y fue en una de éstas, un buen día, cuando vi a un tipo tropezar. En el apogeo de mis quince años, no pude resistirlo y me eché a reír. Él debió de pensar que yo me estaba riendo con él, y no de él, y me correspondió con una sonrisa. Después de eso, nos cruzamos algunas veces, y cuando el barco atracó en Buenos

Aires, se acercó a hablar conmigo. Supe que estaba terminando Educación Física, que le gustaba hacer surf, que estaba viajando con sus padres y que también vivía en São Paulo. Y entre conversación y conversación, ya estaba perdidamente enamorada. Y después de que me besara, mejor ni hablar. ¡Sí..., Santa Claus me había traído un tremendo regalo!

El viaje terminó, nos dimos los teléfonos y direcciones y quedamos de vernos en São Paulo. Dos días después, me llamó. Yo iba a viajar a Corumbá para pasar el resto de las vacaciones con mis abuelos. Antes de eso vendría a verme. Me arreglé y me senté a esperarlo. El corazón me latía fuerte, lleno de ansiedad. Las siete, las ocho, las nueve y nada. A las diez, mi padre decide manifestarse:

—Hija, es mejor que te vayas a dormir, porque él ya no va a venir.

—¡Sí va a venir, papá!

A las once, con los ojos llenos de lágrimas, me voy a mi cuarto. Escucho a mi hermana decir desde la sala:

—Pobrecita...

Sí..., la primera plantada jamás se olvida.

Nada como la casa de la abuela en vacaciones, llena de gente. Volver a ver a los primos, nuevos amigos, fiestas todas las noches y una plazuela con vistas al río, donde el grupo se reúne. Así es mi dulce Corumbá, una pequeña ciudad en Mato Grosso do Sul, en la frontera con Bolivia, capital del pantanal.

Todo iba muy bien, hasta se me había olvidado lo ocurrido, cuando un día él me llamó. ¿Era posible? “No es posible, estoy soñando”. ¿Era verdad? Platicamos un poco, me ofreció una disculpa ridícula sobre aquel día



y me pidió que le llamara cuando regresara. Lo llamé y empezamos a salir. Él era entretenido, me trataba bien y me llenaba de regalos. Venía a mi casa los fines de semana, salíamos a comer, íbamos al cine... Un típico ligue burgués. En esa época yo vivía con mi padre, a quien no le gustaba nada esta historia. Creía que yo era muy niña para estar saliendo con un tipo de veinte años. Y eso que mi padre no sabía que en realidad tenía veinticinco (era diez años mayor que yo).

La cosa empezó a ir más en serio, como en cualquier noviazgo. Me visitaba casi todos los días, y cuando mi padre refunfuñaba, yo corría a la casa de mi madre (típica táctica de los hijos de padres separados). Entonces apareció un asunto nuevo: el sexo.

—Yo creo que ya deberíamos tener relaciones: llevamos más de seis meses saliendo. Ya no soy un niño pequeño y me estoy aburriendo con este cuento.

“¿Y ahora qué hago? ¿Estaré preparada? Si no tengo relaciones con él, apuesto que me deja. A lo mejor tiene razón, llegó el momento. Bueno, tengo que pensarlo. ¿Qué sé yo de sexo? Todo, porque cuando tenía unos cinco años mi madre me leyó el libro *De dónde vienen los bebés*. En las clases de Biología aprendí sobre los espermatozoides, el óvulo, la vagina y el pene. En la televisión he visto todas las escenas románticas y hasta unas películas nacionales eróticas. Listo, ahora es cuestión de mezclarlo todo y ya tenemos una relación sexual”, pensaba.

Como sus papás estaban de viaje, nos quedamos solos en su casa. Apagó la luz y empezó a besarme.

—Pero yo no quiero hacer nada, ¿está bien?

—Bueno, está bien.

Me sacó la ropa y después se quitó la suya. Estábamos acariciándonos cuando sentí que iba a penetrarme:

—Para. Me dijiste que no harías nada.

—Sólo un poco. Te prometo que no te va a doler.

Terminé dejándolo, creo que más por curiosidad que por otra cosa. De repente se detuvo y se quitó de encima. ¿Alguien me puede explicar qué pasó?

—Es que no puedo acabar dentro de ti, o si no te dejo embarazada —dijo.

—Es verdad. Se me había olvidado ese detalle. ¿Quieres decir que eso es todo? ¿Esto es tener relaciones?

—Eh... ¿No te vas a poner a llorar ahora?

—Es que pensé...

—Déjalo, ya pasó.

Entonces es así... Ya tuvimos relaciones. Pero ¿cómo? ¿Dónde estaba el champán, la chimenea? No era lo que yo esperaba. ¡Vaya! ¡Qué raro, qué asco, qué horrible! ¿Por qué nadie me había explicado que era así? ¿Y qué es eso de meter su lengua en mi boca? ¿Eso es sexo oral? El otro día en el colegio, mis compañeros llevaron la revista *Playboy* y nos pusimos a hojearla. En medio de un texto salía una expresión nueva: “sexo oral”.

—¿Qué significa eso, Dé? —le pregunté a mi amiga.

—Es cuando las personas empiezan a quejarse cuando están teniendo relaciones.

Sí, Daniele y yo, claramente no entendíamos nada en absoluto de sexo.

Si ahora me preguntas dónde estaba el condón en toda esta historia, yo respondo: no estaba. ¿Ya existía el sida? Sí, pero era cosa de “maricones”, de “grupos

de alto riesgo”. Además, según mi chico, el condón era cosa de “prostitutas”. Y como yo no era “prostituta”, no necesitaba usarlo.

Continuamos saliendo y poco a poco empecé a sentirme asfixiada. Ya no podía ni salir con mis amigos ni tenía tiempo para estudiar, y, en cuanto apartaba la vista de él, era pelea segura. No me acuerdo bien cómo empezó, sólo sé que comenzó a pegarme. Un día fue una bofetada porque había recibido una carta de un primo; otro día, un puñetazo porque vi a un tipo en la calle; y al final ya me golpeaba por cualquier cosa.

En mi casa nadie lo sabía; al contrario, todos lo consideraban un santo. Yo vivía nerviosa, no podía dormir. Intentaba hablar con él para terminar, pero se ponía como un animal y me pegaba aún más, después se arrepentía, lloraba, me pedía disculpas y prometía que no volvería a hacerlo. Durante algunos días se calmaba, era difícil creer que se trataba de la misma persona. Pero después comenzaba todo otra vez, cada día más violento, me amenazaba con matar a mis padres y después quería tener relaciones.

—Nunca te librarás de mí, incluso me pueden meter preso, pero cuando salga te perseguiré hasta encontrar-te. Con dinero e influencias, nadie permanece preso por mucho tiempo en este país.

No sabía qué hacer, me daba miedo contárselo a alguien, pensaba que no me creerían, que mi papá se pondría como una fiera..., qué sé yo. Sólo quería desaparecer, esconderme, morir.

Hasta que un día, después de un año saliendo juntos, mi abuela lo descubrió pegándome. Fue horrible, un escándalo. Él empezó a gritar y a amenazarnos a

todos, hasta que mi mamá llamó al conserje, que subió y lo echó.

Nadie podía creerlo. Pocas horas antes, mi abuela había dicho que era un muchacho muy bueno y educado. Nadie sabía bien qué hacer. Como mi padre estaba de viaje, llamamos a mi tío, pero tampoco estaba. Al final vino mi tía.

La tía Ciça es de esas personas que llegan y toman las riendas de la situación. Nos tranquilizó a todos y llamó a la casa de los papás de él. Para nuestra sorpresa, dijeron que eso era súper normal, que ya estaban acostumbrados a esos ataques, que él se pasaba la vida armando problemas en su casa. Dijeron que había llegado amenazándolos con un cuchillo, pero que ya le habían inyectado un calmante y que todo estaba bajo control. Media hora después, llamó a mi casa y dijo las barbaridades más grandes. Conclusión: la familia no había tomado ninguna precaución y él todavía andaba suelto por ahí.

Era marzo de 1988 y las clases empezarán en dos días. Mi tío ya había regresado y pensó que era mejor irnos de la ciudad por un tiempo. Nos llevó a un hotel en el campo, donde nos quedamos una semana. Durante ese tiempo, aquí en São Paulo, buscó un abogado y descubrimos que la policía no podría ayudarnos mucho.

Regresamos a casa después de una semana; yo ya debía volver a la escuela, lo que no fue nada fácil. Mis amigos me hacían preguntas: ¿dónde había estado?, ¿qué había pasado? Yo no sabía qué contestar, me moriría de vergüenza por todo eso y nunca les contaba la verdad. Hasta hoy esa historia me molesta, tuve muchas ganas de romper estas hojas. Quisiera no haber

escrito nunca esto, quisiera no haber pasado jamás por esto. Fue un periodo muy malo de mi vida, preferiría que no hubiera existido. Me duele mucho acordarme, pero es aún más doloroso saber que no soy la única, que esto les pasa a miles de mujeres todos los días. Y encima de todo, tenemos que escuchar: “Creo que eras medio masoquista” o “Seguro que te gustaba, ¿no?”. Durante mucho tiempo estuve tranquila, pensaba que me lo merecía, que la culpa era mía. Pero hoy no, y me dan ganas de salir gritando: “Lo detestamos. ¡No nos gusta que nos peguen, no nos gusta ser violadas y tampoco nos gustan esos estúpidos comentarios!”.

Y si tú no eres lo suficientemente sensible para entender por qué en este caso y en tantos otros las personas optan por el silencio, por favor, deja de leer este libro.

Siguió persiguiéndome más o menos un año. Eran cartas y llamadas telefónicas llenas de amenazas. Hubo un tiempo en que ya no era capaz de oír el sonido del teléfono, jamás salía sola de la casa y, como supe después, mi padre hasta había contratado a un hombre para vigilar la puerta del colegio. También descubrimos que consumía drogas, y con eso surgió la pregunta del sida. ¿Podría ser? Tenía sentido, pues sólo un mes antes, al solicitar un empleo en la policía, lo habían rechazado después de hacerse un examen de sangre. Pero eso ya era mucho para mi cabeza, y yo no les había contado a mis padres que había tenido relaciones con él. Total, en aquella época, el sida era muy raro en las mujeres.